

bakeazbakeazbakeazbakeazbakeaz

La hoz y la gavilla

**El testimonio de las víctimas
del totalitarismo de izquierdas**

Galo Bilbao Alberdi

Escuela de Paz | 25

Dirección: José Ángel Cuerda, Xabier Etxeberria y Josu Ugarte

Coordinación editorial: Blanca Pérez

La **Escuela de paz** es un lugar de encuentro y de diálogo, un instituto de formación e investigación, un centro de información y documentación, un equipo de consejo, mediación e intervención en el medio escolar, y un instrumento de análisis crítico y de denuncia pública, que nace con el objetivo de educar en una cultura de paz fundada en la promoción de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, del desarrollo sostenible, de una ciudadanía democrática y cosmopolita, y de una ética cívica basada en la tolerancia y la solidaridad intercultural.

Bakeaz es una organización no gubernamental fundada en 1992 y dedicada a la investigación. Creada por personas vinculadas a la universidad y al ámbito del pacifismo, los derechos humanos y el medio ambiente, intenta proporcionar criterios para la reflexión y la acción cívica sobre cuestiones relativas a la militarización de las relaciones internacionales, las políticas de seguridad, la producción y el comercio de armas, la relación teórica entre economía y ecología, las políticas hidrológicas y de gestión del agua, los procesos de Agenda 21 Local, las políticas de cooperación o la educación para la paz y los derechos humanos. Para el desarrollo de su actividad cuenta con una biblioteca especializada; realiza estudios e investigaciones con el concurso de una amplia red de expertos; publica en diversas colecciones de libros y boletines teóricos sus propias investigaciones o las de organizaciones internacionales como el Worldwatch Institute, ICLEI o UNESCO; organiza cursos, seminarios y ciclos de conferencias; asesora a organizaciones, instituciones y medios de comunicación; publica artículos en prensa y revistas teóricas; y participa en seminarios y congresos.

Esta publicación está impresa en papel reciclado.

Las opiniones expresadas en este ensayo no coinciden necesariamente con las de Bakeaz.

La edición de esta publicación ha sido posible gracias a la financiación de la **Dirección de Atención a las Víctimas del Terrorismo** del Departamento de Interior del Gobierno Vasco.

© Galo Bilbao Alberdi, 2012

© Bakeaz, 2012

Plaza Arriquirbar, 3-1.º dcha. • 48008 Bilbao

Tel.: 94 4790070 • Fax: 94 4790071

Correo electrónico: escueladepaz@bakeaz.org

<http://www.escueladepaz.org>

ISSN: 1698-2258

Depósito legal: BI-857-2012

Índice

• Introducción	4
• Evgenia Ginzburg y Margarete Buber-Neumann: la conciencia	6
• Anna Lárina y Nadiezhda Mandelstam: la memoria	17
• Marina Tsvietáieva y Anna Ajmátova: la palabra	21
• Conclusión	27
• Bibliografía	28

• Introducción

Por fortuna, parece que el terrorismo que ha padecido el País Vasco durante las últimas cinco décadas está tocando a su fin. Aunque han sido varios los grupos de distinto signo que han actuado criminalmente, la relevancia de ETA es excepcional, por su perduración en el tiempo, por su macabro récord de víctimas de diversa consideración (muertos, heridos, amenazados, extorsionados...), por su apoyo social y por el carácter totalitario y excluyente de su pretensión.

Durante algún tiempo, desde que comienza a tomarse conciencia de la singular importancia de las víctimas del terrorismo entre nosotros y hasta el momento en que, por suerte para todos, disponemos de un incipiente registro de su testimonio personal, ha sido habitual remitirse a otras experiencias del horror para acceder a la vivencia del sufrimiento injusto. En este sentido, el caso del nazismo ha resultado paradigmático, casi con carácter de exclusividad, dada la profusión de documentos y la accesibilidad de los mismos. Referirse a acontecimientos del pasado, como el totalitarismo hitleriano, y rescatar la memoria de sus víctimas como un intento de aprender de la injusticia padecida, remitiendo alguna de sus lecciones a la realidad presente, ha sido una tarea recurrente en nuestro contexto.

Precisamente, el presente trabajo se engarza de manera intensa con otras iniciativas realizadas ya previamente por Bakeaz —en colaboración con la Fundación Fernando Buesa Blanco y el Centro de Ética Aplicada de la Universidad de Deusto— dentro del marco de investigación «Memoria y víctimas del terrorismo en el País Vasco», que pretende exponer de manera reflexiva el testimonio de las víctimas del totalitarismo sufrido en Europa en el siglo pasado, buscando aprendizajes aplicables a la realidad de las víctimas del terrorismo padecido en nuestro propio contexto. En ocasiones anteriores se ha profundizado en las víctimas del nazismo (Levi, Benjamin, Roth...) a través de un encuentro y varias publicaciones.¹ Posteriormente se ha realizado un segundo encuentro, en el que se ha puesto el foco de atención en la actitud de la izquierda —mayoritariamente española y protagonista del pasado más reciente— ante el fenómeno del terrorismo de ETA.²

-
1. El I Encuentro sobre Memoria y Víctimas del Terrorismo se celebró en Bilbao los días 2 y 3 de abril del 2009, y llevó por título «Espejo del pasado, reflejo hacia el futuro. El pensamiento europeo del siglo xx y las víctimas del terrorismo en el País Vasco». Entre las publicaciones sobre esta materia pueden citarse las siguientes: Martín Alonso, *La razón desposeída de la víctima. La violencia en el País Vasco al hilo de Jean Améry* (Bilbao, Bakeaz, 2009); Joseba Arregi, *El pesimismo histórico de Walter Benjamin y las víctimas* (Bilbao, Bakeaz, 2009); Galo Bilbao, *Joseph Roth: el exilio destructivo* (Bilbao, IDTP/DDB, 2010).
 2. El II Encuentro sobre Memoria y Víctimas del Terrorismo, titulado «Del estalinismo al espejismo revolucionario. La violencia desde la izquierda», se celebró en Bilbao los días 30 de septiembre y 1

Parece que esta iniciativa necesita ser completada con el testimonio de las propias víctimas del terror de izquierdas,³ fácilmente identificable con el estalinismo,⁴ que ha afectado a Europa en el pasado siglo. Además, dado que anteriormente se había centrado la atención en algunas masculinas, se ha considerado interesante equilibrar esa perspectiva seleccionando en esta ocasión a víctimas femeninas que, por otro lado, son especialmente relevantes en el caso del estalinismo por diversas razones (producción literaria, vinculación con el poder, relación con los compañeros represaliados...).

En síntesis, la presente es una publicación modesta,⁵ tanto en su pretensión como en sus dimensiones, que no puede equipararse a las realizadas en el caso del nazismo pero que al menos cubre, de manera parcial, una evidente carencia del proceso investigador y divulgador seguido en Bakeaz.

Se trata, por tanto, de un acercamiento a los testimonios en primera persona de algunas víctimas, todas ellas mujeres, del totalitarismo «de izquierdas», en concreto estalinista, a través del cual se intenta descubrir líneas de fuerza en su pensamiento y su actitud ante la injusticia que padecen. Dado que se pretende subrayar el valor de las vivencias personales, el texto tendrá un carácter fundamentalmente positivo, con gran profusión de citas y referencias,⁶ siendo la aportación de quien esto escribe muy escasa, limitada prácticamente a seleccionar y organizar con cierta sistematicidad y coherencia las valiosas palabras y reflexiones de nuestras protagonistas.

El método que se va a seguir es también sencillo. Se han agrupado media docena de testimonios de víctimas en tres bloques o secciones; cada pareja remite a un elemento que comparten sus integrantes y que destaca de entre sus notas comunes. Además, tras presentar brevemente los avatares biográficos de cada persona, se pasa a exponer las ideas que se consideran especialmente relevantes en su experiencia reflexionada y comunicada.

En concreto, el recorrido comienza con Evgenia⁷ Ginzburg y Margarete Buber-Neumann, convecidas comunistas, esposas de dirigentes del Partido y que muestran con especial intensidad el

de octubre del 2010. Cabe destacar el libro de F. Javier Merino Pacheco, *La izquierda radical ante ETA. ¿El último espejismo revolucionario en Occidente?* (Bilbao, Bakeaz, 2011).

3. En esta publicación, por razones de espacio, se ha delimitado el totalitarismo de izquierdas a la experiencia estalinista desarrollada en la URSS. Un acercamiento más completo debería incorporar los testimonios de otros países europeos de la órbita soviética. Superada la delimitación geográfica europea, se podría ampliar el análisis con el terror ejercido por diversos sistemas políticos de Oriente durante el pasado siglo xx, como el maoísmo en China, el gobierno de Pol Pot en Camboya o el régimen de Corea del Norte, aún vigente.
4. Para un conocimiento detallado de lo que supone el estalinismo y su sistema de terror, remito a los estudios de los siguientes autores, referenciados en la bibliografía: Applebaum (2004), Getty y Naumov (2001), y Lewin (2006).
5. No puedo menos que mostrar mi agradecimiento a Martín Alonso, Javier Merino, Josu Ugarte y Javier Villanueva por la atención que han prestado a este texto, aunque posiblemente no he sido capaz de reflejar en el mismo el rigor, la inteligencia y la sabiduría de sus abundantes correcciones, comentarios y aportaciones.
6. Dado el carácter divulgativo y no propiamente científico de este trabajo, solamente se consignará la referencia de una cita literal cuando tenga una extensión amplia, mientras que otras, más breves, se reproducirán entrecomilladas sin referencia, para no sobrecargar el texto ni hacer engorrosa su lectura.
7. Hago notar desde ahora la dificultad de fijar la transcripción al castellano de los nombres propios tanto de personas como de lugares que son originalmente rusos. He intentado seguir en todos estos casos la versión más extendida o la empleada en la bibliografía referencial.

valor de la conciencia personal inquebrantable frente al terror. Posteriormente, Anna Lárina y Nadiezhda Mandelstam, esposas y albaceas espirituales de dos grandes personajes de la Rusia del pasado siglo como son Nikolái Bujarin y Ósip Mandelstam, nos presentan vivencialmente la importancia de una memoria perseverante de las víctimas. Por último, las poetisas Marina Tsvié-táieva y Anna Ajmátova muestran la relevancia de la palabra como instrumento de lucha contra la injusticia.

El desarrollo del texto irá explicitando, de manera natural y no forzada, no solo los rasgos que todas nuestras protagonistas comparten sino, sobre todo, los vínculos vitales que entre ellas se establecieron, haciendo que la exposición adquiriera un carácter coral que subraya aún más los elementos compartidos. Todas ellas proceden del mundo intelectual y artístico, y conceden un valor especial a la creación espiritual y, más en concreto, a la poesía. También se puede decir que sufren la victimación no solo por ser esposas o madres de personas represaliadas por el estalinismo sino también porque padecen directa y personalmente (en forma de detención, deportación, condena a trabajos forzados, exclusión de la vida social, prohibición de ejercer su oficio, etc.) la injusticia del régimen soviético. Pero es que, además, curiosos hilos vitales las van interrelacionando unas con otras, elaborando un peculiar tejido de familiaridad y complicidad entre ellas.

El desarrollo expositivo, sencillo en su método pero complejo en la cantidad y calidad de su contenido, demandante de acercamientos y profundizaciones posteriores a las que se invita desde ya mismo, queda completado con unas breves conclusiones recapituladoras y el preceptivo aporte bibliográfico.

El significado de esta publicación está sintetizado en el título de la misma. La hoz —junto con el martillo— es un símbolo fácilmente identificable (y solo superable por el color rojo) con el proyecto comunista. También remite de manera inmediata a la penosa tarea de la siega manual, al momento en que la persona que cosecha, tras agrupar con una mano un haz (gavilla) de espigas, lo corta certeramente, transformándolo en una realidad muerta, pero vivificante y nutritiva. Las protagonistas de este texto, con sus íntimos vínculos, son una gavilla viva cercenada injustamente por la hoz del terror estalinista. A nosotros nos corresponde extraer del testimonio de sus vidas el provecho para nuestro crecimiento moral como personas y como sociedad.

No quisiera terminar esta introducción sin mostrar mi agradecimiento a tantas mujeres (Ana, Amaia, Arantxa, Axun, Beatriz, Carmen, Eurne, Leonor, Lourdes, Mari Carmen, Maribel, Marilo, Milagros, Pepi, Trini...), esposas, hermanas, madres, hijas de víctimas de las distintas versiones del terrorismo que ha padecido el País Vasco. De ellas, vitalmente, he aprendido el enorme valor del testimonio de las víctimas. A ellas les dedico, como gesto de reconocimiento, este texto.

• **Evgenia Ginzburg y Margarete Buber-Neumann: la conciencia**

Comenzamos nuestro recorrido con dos personajes que comparten algunos significativos rasgos. Ambas son militantes comunistas desde su juventud y, a la vez, esposas de dirigentes importantes del Partido; durante la Gran Purga estalinista son represaliadas mientras sus maridos desaparecen definitivamente; las dos plasman en unos relevantes textos memorialísticos su amarga experiencia. Pero, sobre todo, conviene subrayar que comparten el tener una conciencia personal lúcida, que las lleva a rechazar el régimen del que participan cuando ellas mismas son objeto de sus desmanes: en una destaca su asunción de la responsabilidad correspondiente en el horror debido a

un sentimiento personal de culpa y, en la otra, su capacidad para proclamar aun en las peores circunstancias las innegables similitudes entre el nazismo y el estalinismo y la identificación de ambos como regímenes totalitarios.

Evgenia Ginzburg

Evgenia Ginzburg nace en Moscú en 1904, en el seno de una familia judía. Profesora universitaria, se especializa en la historia del Partido Comunista. Casada primero con un médico con quien tiene un hijo que muere en el asedio a Leningrado, posteriormente contrae matrimonio con Pavel Aksyonov, alcalde de Kazán y miembro del Comité Central del PCUS. El hijo de ambos, Vasily, llegará a ser un reconocido escritor.

Tras el asesinato de Kírov, dentro del proceso de la Gran Purga, Evgenia es acusada de participar en una célula contrarrevolucionaria trotskista al mando del profesor Elvov, con el agravante de ser un miembro destacado del Partido. Obligada a abandonar la universidad en 1935, se refugia en el consejo editorial de una revista regional. Fue expulsada del Partido en 1937 e, inmediatamente después, detenida junto con otros miembros de su familia. Sus padres fueron liberados un par de meses más tarde. Su marido, por el contrario, fue condenado a quince años de trabajo correccional y todas sus propiedades fueron confiscadas. Ella, a diferencia de otros muchos acusados, negó siempre los cargos que se le imputaban, pero fue condenada a diez años de trabajos forzados, que se convirtieron de hecho en dieciocho años de estancia en las lejanas Magadán y Kolymá. Ginzburg escribió, en una carta al presidente del Presidium Supremo de la URSS, que todo su «juicio» duró seis minutos, incluido el interrogatorio y la lectura de la sentencia; en cualquier caso, según propia confesión, se sintió muy aliviada al escuchar el veredicto, porque temía ser condenada a muerte.

El régimen del campo de trabajo la convierte prácticamente en un cadáver andante, hasta que otro interno, el médico Anton Walter, un alemán de Crimea, le asigna un puesto de enfermera en el hospital. Ambos contraen matrimonio y Evgenia, liberada del gulag doce años después de su ingreso, ha de permanecer todavía cinco años —con privación de derechos civiles— en Magadán, como maestra infantil, y comienza a escribir clandestinamente sus memorias. Pocos meses después, es nuevamente arrestada y enviada a Kolymá, sin juicio ni condena alguna.

Tras la muerte de Stalin, hace un llamamiento enérgico a las autoridades para que reconsideren su caso. Fue puesta en libertad en 1955 y rehabilitada, de manera que pudo regresar a Moscú, donde retomó su trabajo como periodista, así como la escritura de sus memorias, cuyo manuscrito pudo sacar clandestinamente de la URSS para su publicación. Evgenia Ginzburg murió en 1977.

■ **'El vértigo'**.⁸ La voluntad de dar testimonio veraz de lo vivido es lo que, según propia confesión de Evgenia, le ha permitido recordar con tanto detalle y sencillez pedagógica su trágica existencia durante casi veinte años (primero de cárcel, luego de campo de trabajo y finalmente de confinamiento a la espera de su rehabilitación). Precisamente la claridad formal del relato resalta con rotundidad máxima, por contraste, el misterio oscuro y difícilmente comprensible del contenido que vehicula: cómo prácticamente dos generaciones de convencidos revolucionarios son eliminados por el estalinismo.

El texto es una descripción descarnada del «universo concentracionario»: las prisiones que desbaratan con su absurda y cruel rutina la voluntad de las personas; los campos de trabajo exte-

8. Ginzburg (2004).

nuantes que matan de hambre, frío y agotamiento; los abusos y desenfrenos de los presos comunes; los hospitales y hospicios donde mueren enfermos, ancianos y niños; las aldeas de deportados y confinados pendientes de la amenaza constante de la nueva condena. En este contexto todo horror humano es posible: la automutilación, la antropofagia, el sadismo..., pero también sobreviven el amor y la humanidad.

La autora y protagonista se nos presenta a lo largo de la narración como una personalidad muy humana, íntegra, coherente y fiel a sus convicciones, aunque externamente se muestra a menudo pudorosa y casi sumisa. Aparece como especialmente insoportable para ella la separación de sus hijos durante un periodo desconocido de antemano y saber de la muerte de uno de ellos sin haber llegado a verlo nuevamente. Consigue en 1948, once años después de la despedida, encontrarse con su hijo de dieciséis años Vasili, al que le confiesa que ha escrito en penosas condiciones unas hojas que serán el germen de *El vértigo*.

A través de las páginas de sus memorias es posible reconstruir la evolución del proceso personal de la conciencia de la autora: primero, la perplejidad ante lo incomprensible y carente de toda lógica; la incredulidad, después, ante el horror del sistema penitenciario (cárcel y campo de trabajo); finalmente, la consolidación de la defensa a ultranza de la libertad y de la dignidad personales, que la llevan a preservar su condición de ser humano contra la maquinaria diseñada para convertirla en pura animalidad. Pero, sobre todo, no puede, a pesar de su sufrimiento, olvidar su pasado político y su responsabilidad por no haberse dado cuenta del mal infligido por el régimen a millones de compatriotas.

En definitiva, Evgenia era consciente de que, sin la verdad sobre el pasado, nada —ni siquiera la esperanza, algo que ella no había perdido nunca— sería factible en el futuro. Combate con el texto todo intento de fanatismo, así como toda tentación de amnesia, toda coartada ideológica, todo intento de olvidar el colaboracionismo y la indiferencia ante la injusticia.

■ **El poder de la poesía.** Siendo la primera de entre las mujeres que desfilarán por esta galería, es importante destacar la peculiar vinculación con la poesía que tiene Evgenia Ginzburg —y que comparte con el resto de las protagonistas del texto— durante sus años de sufrimiento, debido, entre otras cosas, a que ya era una consumada aficionada a la lírica desde su juventud.

A lo largo de su extenso relato, la poesía está omnipresente. Se comunica con otros detenidos en celdas contiguas a través de un sistema «telegráfico» manual que reproduce versos conocidos y populares. Hace uso de poemas de distintos creadores rusos (Mandelstam, Pasternak, Mayakovski, Cernij, Pushkin...) para soportar las penalidades de su presidio, y el confinamiento que padece se ve aligerado con el regalo de un breve poemario de Anna Ajmátova.

Ella está notablemente dotada para la poesía, y destaca incluso entre las compañeras con las que comparte esta afición. Escribe poesía en cualquier lugar y circunstancia (encerrada, en un traslado, tras un interrogatorio); recita poemas extensísimos de memoria, alegrando a sus compañeras de prisión y obteniendo a veces recompensas por ello, incluso de sus carceleros; compone rimas que convierte en regalos para sus amigas...

Por encima de todo, utiliza la poesía como auténtico bloc de notas de sus recuerdos; la crónica de los años de sufrimiento está perfilada en los versos que compone y conserva de memoria, lo que le posibilita escribir muchos años después su relato con la viveza y el detalle del momento presente. A veces, los poemas le sirven para comprender y expresar la inefable experiencia que está viviendo; otras, es esta dura realidad la que le permite descubrir «el significado más secreto de la palabra *lectura*». En ocasiones son un buen remedio para sobrellevar el insomnio o alcanzar el sueño. También son su modo de enfrentarse a la injusticia, cuando escribe sobre la tortura o contra los siniestros Yezhov y Beria; por último, descubre complicidades ocultas al recitar alguna fábula de Chukovski que escapa a la censura:

Y el Gran Escarabajo triunfó
y dominó los bosques y los mares.
Todos se inclinaron ante aquel bigotudo,
triste rey, maldito rey de dedos como garras. (Ginzburg, 2004: 764)

Nunca escribirá, como alguna de sus compañeras, impulsadas por un incomprensible culto a la personalidad, versos laudatorios hacia Stalin, sorprendentemente compatibles con la conciencia de sufrir por su injusto régimen.

En medio del terror, parece que la poesía es lo único que le queda a nuestra protagonista, es una auténtica «distensión espiritual». La salvaguarda de caer en la locura que produce un sistema tan absurdo y desquiciado como el de la represión estalinista, pues la ayuda a seguir razonando y a mantener la mente despierta. Todo ello con medios muy escasos, apenas dos cuadernos para todo un mes, requisados para pasar la censura al finalizar el plazo, por lo que constantemente se ve inmersa en una tarea sin fin, propia de Sísifo: «Escribía, los aprendía de memoria y los borraba con miga de pan».

Muchos años después de sus penalidades, Evgenia Ginzburg no puede menos que releer su biografía ideológica en clave poética:

[...] nosotros nos habíamos precipitado «en el comunismo desde lo alto de los cielos de la poesía» [...]. Después, la inhumanidad que se abatió sobre nosotros hizo palidecer muchas de las verdades de nuestra juventud. Pero ninguna tempestad podía apagar aquella llama al viento, aquella vocación espiritual de la *intelligentsia* rusa que mi generación recibiera de aquellos sabios y aquellos poetas de principios de siglo que entonces criticábamos tan encarnizadamente. [...] Pero en los años de prueba descubrimos que éramos carne de su carne. [...] Y solo esas claras antorchas nos ayudaron a salir de aquellas horribles tinieblas. (Ibídem: 504-505)

■ **La lucidez de la víctima.** Evgenia Ginzburg es consciente de su condición de víctima. En su caso, como en otros muchos, se muestra cómo esto, lejos de incapacitar o distorsionar su conciencia a resultas del trauma victimizador, la dota de una lucidez peculiar.

Antes que nada, y desde el comienzo de su relato, asume explícitamente una posición de observadora del horror, testigo privilegiado, por superviviente, del mal injusto. En cuanto tal, descubre en otros y reconoce en ella misma una mirada especial, que podríamos identificar como la perspectiva de las víctimas: «había en ella sufrimiento, alarma, el cansancio de una fiera acorralada y, en lo más profundo, un rayo de absurda esperanza».

Como espectadora de un inmenso «teatro del horror», analiza a los diversos actores que intervienen en la representación y dictamina sin ninguna duda que la obra era un auténtico retroceso a una sociedad bárbara, en la que nadie escapa a la degradación moral:

Era cierto que los nuevos bárbaros se dividían en activos y pasivos, es decir, en verdugos y víctimas, pero esta división no suponía que las víctimas tuviesen unas cualidades morales superiores: sus almas, como las de los verdugos, estaban corrompidas por la esclavitud. (Ibídem: 552)

Sin embargo, continúa nuestra protagonista, también en medio de esa debacle hay una ventaja moral en quienes encarnan el papel de víctimas frente al de los verdugos, pues, en última instancia, a las primeras les acompaña su inocencia y, consecuentemente, tienen la conciencia tranquila.

Por su parte no hay ninguna demanda de reconocimiento de méritos especiales, pues Evgenia Ginzburg niega, con un doble argumento, que los tenga. Primero, las víctimas del gulag no han

elegido libremente su destino y, por tanto, no son héroes que deban recibir no ya un homenaje, sino ni siquiera el reconocimiento espontáneo por parte de las jóvenes generaciones. Segundo, tampoco es seguro que las personas confinadas en los campos hayan sufrido más que sus conciudadanos que, sin haber sido trasladados y explotados, han vivido constantemente atezados por el miedo en su cotidianidad.

En su condición de víctima, tres impulsos mueven su actuación:

- La verdad, que «debe ser servida, no servir», y que la lleva a contar verazmente lo ocurrido, seguro que con errores, pero no con mentiras.
- La justicia, que ha de reparar el daño causado, pues el horror padecido no puede quedar impune y menos cuando la injusticia se ha vuelto cotidiana, rutinaria durante decenas de años.
- Y, sobre todo, la memoria, el interés por mantener vivo el recuerdo de lo ocurrido, para que pueda ser conocido por las generaciones futuras. Nuestra autora se sorprende a sí misma de la enorme capacidad que tiene su mente de almacenar vívidos recuerdos, pero más le llama la atención, negativamente, la facilidad que tienen otros de «olvidarlo todo, de arrancar la página de un golpe y de volver al punto de partida», sin estar atezados por el trauma de un sufrimiento que no padecieron (en cuyo caso sería perdonable), sino que provocaron o consintieron. La suya es una memoria esperanzada de poder ser libremente comunicada, si no en vida de la propia autora, sí, al menos, a las generaciones futuras.

Evgenia Ginzburg tiene bien identificado el momento en que adquiere un conocimiento especial de la realidad que la dota de una lucidez peculiar, y que no es otro que el mismo instante de comenzar su victimación:

[...] para mí, la fidelísima guardia roja que yo era doce años antes, aquel 15 de febrero de 1937 en que crucé el umbral de la cárcel del lago Negro de Kazán, la detención constituyó un descubrimiento del mundo. Ante mis ojos se abrió un universo subterráneo desconocido e incluso insospechado. (Ibídem: 710)

El trauma cognitivo de la victimación no es puntual, sino todo un proceso progresivo, con duros aprendizajes que posibilitan un acercamiento singular a la verdad, y esta, a su vez, una transformación radical de la persona:

[...] la comunista candorosa e idealista se transforma en un ser que se ha nutrido largo tiempo en el árbol de la ciencia del bien y del mal, en una persona cuyo paso por tantos sufrimiento y dolores le ha servido también para recibir algunas luces (¡aunque muy breves!) en la búsqueda de la verdad. (Ibídem: 854)

Esta especial capacidad cognoscitiva que da el ser víctima posibilita un severo ejercicio de autocritica en nuestra protagonista. Esta actitud genera en ella básicamente dos sentimientos o reacciones morales: vergüenza y culpa.

Ella se avergüenza de actitudes, comportamientos y sentimientos que tenía en el pasado, cuando era una militante ejemplar del Partido: de no haber sido antes consciente del horror del estalinismo o de rebajar su importancia cuando eran otros los que lo soportaban, o del temor que la embargaba por el hecho de que se llegara a saber que se mostraba cercana e interesada de la situación de personas caídas en desgracia. Una vez sometida ella a la represión, cuando ya «no era un martillo, sino un yunque», sigue manteniendo el sentimiento de vergüenza: ante el cuerpo torturado en las

cárceles soviéticas de las comunistas alemanas huidas del nazismo o ante el testimonio de una anciana humilde e ignorante que confunde la acusación de «trotskista» con «tractorista».

Se siente, también, culpable de diversos modos: cuando escucha el testimonio de una joven detenida, a quien su país no ofrece un futuro digno sino una inmunda celda de castigo; ante sus demacradas compañeras de barracón, por haber recuperado la salud y el buen aspecto tras una estancia hospitalaria; frente a su anterior marido —desaparecido durante la Gran Purga—, por si estuviera vivo y ella estuviera cometiendo bigamia con su nuevo esposo; por creer que ha sido propiamente un acto de venganza dar a conocer expresamente a su antiguo interrogador que ha sido ella quien, cuando él ha caído también en desgracia, le ha mostrado su compasión y solidaridad dándole un mendrugo de pan; por último, incluso, por sentirse embargada por la alegría y la esperanza en vísperas del final de su confinamiento en Siberia mientras los comunistas checos están sufriendo la represión en su país.

Evgenia Ginzburg reflexiona a partir de su propia experiencia vital acerca de este sentimiento de culpa. Para ella el reconocimiento de la propia culpabilidad es posiblemente el único gesto que devuelve la dignidad a quien se encuentra enfangado en la barbarie moral. Es un sentimiento provocado por la voz de la conciencia, insobornable, íntima, suave pero persistente, y capaz de provocar un dolor ante el que «la prisión, el hambre y tal vez hasta la muerte eran muy poca cosa». Ella misma se ve embargada por ese sentimiento porque su culpabilidad, sin ser la del asesino directo, es la de quien ha colaborado con él, a través de su silencio, su complicidad, su consentimiento, su justificación...

El sentimiento de culpa le remite a una actitud ética inevitable: la responsabilidad. De esta, curiosamente, pretende dar cuenta, de manera infructuosa, a través de su propio padecimiento:

En 1937 adquirí conciencia por primera vez de mi responsabilidad personal ante todo lo que estaba sucediendo y pensé en purificarme a través del sufrimiento.

Ahora, en 1949, ya sabía que el sufrimiento solo purifica en cierta medida. Cuando se prolonga durante decenas de años y llega a ser parte integrante de nuestra propia vida, ya no nos purifica: se limita a transformarnos en un trozo de madera. (Ibídem: 711)

En definitiva, según nuestra protagonista, los dieciocho años de dolor, de residencia en el infierno, no son suficientes para pagar por el mal cometido y, además, no consiguen en última instancia otra cosa que volver insensible a quien los padece, luego no queda nada más que, simplemente, entonar el *Mea culpa!*

Esta es seguramente una de las peculiaridades más significativas de la narración de la propia experiencia que hace Evgenia Ginzburg: la evolución de su pensamiento moral. Si, como se ha visto, comienza constatando que, en medio de la barbarie, la conciencia tranquila —y no necesariamente la bondad— es lo que distingue a las víctimas (entre las que ella se encuentra) de sus verdugos, acaba asumiendo su propia complicidad en el mal y proclamando su culpabilidad personal como respuesta a la insoportable mala conciencia que siente y que la alinea, en cierta medida, con los victimarios.

Margarete Buber-Neumann

Margarete Buber-Neumann nace en Postdam en 1901. En su juventud fue activista en organizaciones socialistas y tras la Primera Guerra Mundial se vinculó al Partido Comunista Alemán (KPD), destacando su militancia durante la República de Weimar. Tras un primer fracaso matrimonial, forma pareja con Heinz Neumann, dirigente del Partido, un auténtico profesional de la revolución y, originariamente, colaborador de la estalinización de su organización política.

En plena ascensión del nazismo, ya en 1932, Margarete y Heinz Neumann viajan a la URSS, donde el dirigente alemán tiene que dar cuenta de sus desacuerdos con la línea que el Partido estaba tomando en su país. Dado el carácter local de la disputa, ambos son encomendados a tareas para la Internacional Comunista en Europa; viajan por Francia y visitan España en los albores de la Guerra Civil.

En 1935, con intervención expresa de Stalin, reciben asilo político en la URSS, pero para entonces, como el propio Neumann sospechaba, ya habían caído en desgracia ante el líder comunista. Detenido en 1937, Neumann es inmediatamente fusilado bajo la acusación de «contrarrevolucionario», posiblemente por su duro ataque al nazismo y su oposición a la política de acuerdos con Hitler que se estaba consolidando en la Unión Soviética.

Margarete vaga por Moscú buscando infructuosamente a Heinz sin comprender lo que sucede. Su ingenuidad no está exenta de lucidez: tiene una maleta con sus escasas pertenencias preparada para el día en que vengan a detenerla, pero no teme nada, pues considera que el malentendido se aclarará necesariamente en breve.

Varios meses más tarde, la propia Margarete es arrestada y trasladada a la Lubianka.⁹ Comienza entonces un duro peregrinaje de dos años por cárceles estalinistas y campos de trabajo siberianos, que por poco acaba con su vida por hambre y agotamiento.

En 1939, el pacto Molotov-Ribbentrop provoca su regreso de Siberia, pero también su entrega inmediata en 1940 a las autoridades del régimen nazi: ingresa en el campo de concentración para mujeres de Ravensbrück, del que no saldrá hasta su liberación en 1945.

Tras la Segunda Guerra Mundial, fijó su residencia durante varios años en Suecia. Adquirió un protagonismo especial en 1949 al intervenir como testigo en un juicio celebrado en París en el que se enfrentaron Víktor Kravchenko y una revista del Partido Comunista Francés, demandada por aquel por difamación al haberlo acusado por escrito de inventar el horror del gulag. Margarete confirmó con la narración de su experiencia la denuncia de Kravchenko, que venció en el juicio. Intelectuales como Edgar Morin o Simone de Beauvoir quedaron impactados por el testimonio de nuestra protagonista.

Regresó definitivamente a Alemania en la década de los cincuenta del pasado siglo. Convertida en una política conservadora, se unió en 1975 a la Unión Demócrata Cristiana (CDU). Margarete Buber-Neumann fue galardonada en 1980 con la Gran Cruz del Mérito de la República Federal de Alemania y murió en Fráncfort del Meno en 1989.

■ **'Prisionera de Stalin y de Hitler'**.¹⁰ Su destino es, primero, ser testigo próximo de grandes personajes, protagonistas de la historia del siglo xx: fue nuera del filósofo judío Martin Buber, cuñada de Willy Münzenberg y compañera de Heinz Neumann, los dos destacados dirigentes comunistas alemanes, y, posteriormente, amiga de Milena Jesenska, el amor de Franz Kafka. Solo más tarde, en segundo lugar, escribiendo y publicando sus memorias, pasa al primer plano, y aparece como protagonista involuntaria, como víctima del horror estalinista primero y nazi después, para expresar, a partir de su propia experiencia, su común naturaleza totalitaria.

Su testimonio se caracteriza por el detallismo y la minuciosidad con que describe una realidad tan compleja como el universo concentracionario. Su texto es una mezcla de crónica periodística y reflexión humanista, un desfile de personajes de toda ralea y condición. El libro narra la odisea de

9. Edificio ubicado en la plaza homónima de Moscú, tristemente famoso por ser sucesivamente la sede de los diversos servicios de represión soviéticos (Cheka, NKVD, KGB) y centro de detención y tortura.

10. Buber-Neumann (2006).

la autora durante ocho largos años, primero en las cárceles moscovitas y el gulag estalinista y, luego, en el campo de concentración nazi de Ravensbrück, en Alemania. Allí convivió con todo tipo de prisioneras, y especialmente problemático resultó su trato con camaradas comunistas que se negaban a aceptar y creer lo que ella les contaba del terror estalinista.

En ese contexto tan duro mantiene un extraordinario talante humanista. En su obra se explicita con claridad este interés por las personas concretas y por los detalles de humanidad que se pueden percibir en el fondo de las situaciones más horribles: «Siempre encontré seres humanos que me necesitaban, nunca me faltó el regalo de la amistad y de las relaciones humanas».

De entre todas ellas cabe destacar a Milena Jesenska, una periodista checa, traductora de Kafka y destinataria de sus famosas *Cartas a Milena*. Mantuvieron una profunda amistad en medio de la penalidad, durante cuatro años, hasta la muerte de Milena. Ambas se comprometieron a escribir una monografía sobre los paralelismos existentes entre los dos totalitarismos del siglo xx: el fascismo y el comunismo. Habiendo sobrevivido Margarete, asumió en solitario la tarea, como lo muestra *Prisionera de Stalin y de Hitler* (1948), obra por la que se granjeó en la posguerra la animadversión de gran parte de la izquierda de Occidente, en especial la alemana y la francesa.

Además de esta obra, Margarete Buber-Neumann escribió otros textos biográficos y memorias, como *De Postdam a Moscú* (1957), *Milena* (1963) o *Historia del Komitern* (1975).

■ **La prevalencia de la ideología también en las víctimas.** Hemos visto en Evgenia Ginzburg la peculiar lucidez y capacidad cognoscitiva que puede ofrecer el hecho de la victimación. Sin embargo, eso no es así necesariamente, y Margarete Buber-Neumann se encarga de destacarlo permanentemente en su obra memorialista, desde su privilegiada posición de víctima tanto del estalinismo como del nazismo.

En primer lugar, casi en el arranque de su narración constata que, frente a la perspectiva de la víctima, está la de quien no lo es, la del circunstante que no participa directamente de la victimación, pero la acepta por distintas razones y, a partir de ella, mira a la víctima precisamente de un modo peculiar, mostrando una actitud de exclusión y rechazo, voluntaria o forzada, pero real y perceptible:

Valezki bajó los ojos con el aire apesadumbrado del que se cree culpable. No tenía ya derecho a saludar a una mujer despreciable, a la esposa de un detenido. Por todas partes, en los pasillos, me encontraba con miradas curiosas y de menosprecio. No es fácil hacerles frente cuando las lágrimas anudan la garganta. (Buber-Neumann, 2006: 26)

Este proceso de estigmatización es tan intenso que es ejercido incluso por los familiares más directos de las víctimas, a veces por convicción y otras por pura conveniencia:

Entre las esposas de los detenidos había algunas que no apoyaban a sus maridos, que no se apresuraban a ir a la prisión para abonar los miserables cincuenta rublos, sino que, como buenas estalinistas, renegaban de ellos. Pronunciaban declaraciones públicas en las que juraban desconocer las faltas políticas de sus esposos, reafirmaban «fidelidad al partido» y prometían «estar vigilantes» en el futuro. A veces llegaban al extremo de pedir que los castigaran severamente por su delito. Pese a que tal actitud no siempre evitaba que las detuvieran, se trataba de una posibilidad. (Ibídem: 31-32).

Esta actitud se mantiene incluso donde menos se podría esperar, entre las propias compañeras de represión. Margarete expresa con profunda perplejidad la exclusión a la que es sometida en Ravensbrück:

En mí misma pude comprobar el desdén e insolencia con que trataban las comunistas a todas aquellas que habían caído en desgracia con el partido, habían sido expulsadas o lo habían abandonado por propia iniciativa. No había compasión: la que no se hubiera inclinado ante la disciplina del partido, quien hubiera conservado su independencia espiritual y hubiera criticado al comunismo, era una traidora y pertenecía a la escoria de la humanidad. (Ibídem: 296)

Se llega a situaciones extremas e incomprensibles de fidelidad al estalinismo entre las prisioneras comunistas, incluso aunque hayan sufrido directamente su terror: hay quien muere con una muestra de amor hacia Stalin o quien, tras su liberación de los campos, sigue colaborando activamente con los aparatos represivos del régimen. ¿Cómo es posible? No parece haber respuesta a unos comportamientos tan extraños, como no sean la locura o la pérdida total de la voluntad.

Nuestra protagonista intenta encontrar razones para esta actitud de las víctimas que no son capaces de reconocer la maldad del sistema que las provoca:

- En unos casos, puede ser que la existencia de personas deladoras entre las prisioneras explique el hecho de que no se emitan críticas al estalinismo, pero no se entiende que haya hasta rivalidades por mostrar fidelidad y adhesión al mismo.
- En varios, el motivo es la necesidad de creer en algo más allá y mejor que la evidencia injusta y dolorosa que se está sufriendo y que además ayuda precisamente a seguir soportándola. Así, algunas compañeras conminan a nuestra protagonista a callar y guardar silencio, para que no destruya el sueño iluso —propio o ajeno— de un futuro mejor, y otras caen en la desesperación más profunda después de escucharla:

Todos estos años de prisión me han hecho creer lo que los comunistas decían de la Rusia soviética, ¿cómo podía hacer otra cosa? Era nuestra única esperanza. ¡Si pudiera dudar de tus palabras! Ahora, camino del campo de concentración, me quitas la esperanza. ¿Por qué estamos condenados a seguir viviendo...? (Ibídem: 237)

- En otros, finalmente, lo que ocurre es que las propias víctimas se han contagiado del sistema concentracionario y su carácter deshumanizador, asimilándose al mismo y reproduciéndolo.

Desde el autoengaño ideológico, que es una venda que impide ver el dolor de las personas concretas, de otras víctimas como una misma lo es, se logran explicaciones a todo, que resultan coherentes y aceptables con los propios planteamientos:

- El sufrimiento de personas inocentes era contabilizado como un daño colateral, como una inevitable cuota a pagar para que el régimen alcanzara los objetivos de la justicia social que propugnaba o como una estratagema provocada por los enemigos del sistema —los trotskistas— para desprestigiarlo.
- Muchas veces ni siquiera se cree en la inocencia de la víctima, sino que se le adscriben características, casi siempre falsas, que supuestamente justifican su maltrato: es alemana, enemiga de la URSS, nazi, judía...

Por último, hay una actitud deplorable para nuestra protagonista y que muestra uno de los peligros en los que pueden caer las víctimas, y que no es otra que el victimismo:

Me resultaba totalmente incomprensible que algunos de los reclusos de los campos —como los que vi en Boizenburg— siguieran vistiendo esas ropas ultrajantes después de la liberación con una suerte de

orgullo o incluso para demostrar su posición privilegiada. Existen extrañas formas de exhibicionismo. (Ibídem: 444)

Pocas, muy pocas entre las víctimas con las que convive Margarete Buber-Neumann tienen siquiera esa lucidez que ha destacado Evgenia Ginzburg y que procede de su victimación:

¡Cómo habremos podido aceptar durante años todo esto sin darnos cuenta! Lo que venía de Moscú era sagrado para nosotros. Ahogábamos todas las dudas porque lo primero era conservar nuestra fe. Ahora hemos de pagar cara nuestra ciega credulidad. (H. Kurella en Buber-Neumann, 2006: 30)

Y muchas menos aún son las que descubren el engaño del totalitarismo estalinista ya antes de sufrirlo en su propia persona, para lo que hace falta un amor a la verdad y una conciencia excepcionales:

Zenzl era honrada, combativa y amante de la verdad; no la había deformado en modo alguno su filiación al Partido Comunista. [...] No necesitó mucho para darse cuenta con sorpresa de la formidable mentira de la vida rusa: reinaban la dictadura y la esclavitud donde se decía democracia y libertad, miseria y menosprecio de seres que según el eslogan estalinista «estaban cuidados como flores». (Ibídem: 191)

■ **La lucidez posibilita la identificación de los totalitarismos.**¹¹ Margarete Buber-Neumann hace uso de su lucidez de víctima para aplicarla al análisis comparativo de los regímenes que tanto la han hecho sufrir. Concluye, ya en 1948, que su similitud es tan grande que ambos son totalitarismos, aunque conserven algunos aspectos diferenciados.¹²

Nuestra protagonista, desde la peculiar y dolorosa atalaya experiencial que supone haber sido prisionera tanto del estalinismo como del nazismo, no tiene ninguna duda de que ambos sistemas son dictaduras y sus respectivos máximos dirigentes igualmente deleznable.

Esta postura es muy difícil de mantener y de ser aceptada entre las propias camaradas comunistas represaliadas. Si estas se encuentran en la Butirka,¹³ no tienen problema en aceptar la maldad del estalinismo, pero, curiosamente y aunque sean alemanas o austriacas, subrayan los aspectos positivos del nazismo (economía de corte socialista o legislación laboral progresista). Si, por el contrario, están encerradas en Ravensbrück, detestan el nazismo pero ensalzan el sueño —que propiamente es una pesadilla— estalinista.

11. La justificación de la comparación entre el nazismo y el estalinismo identificados como regímenes totalitarios y el balance consecuente requieren un desarrollo imposible para la extensión y pretensiones de este texto. Para un acercamiento a ellos remito a algunas obras referenciales citadas en la bibliografía, en concreto: Arendt (2006), Forti (2008), Overy (2010), Snyder (2011) y Todorov (2002).

12. En la excepcional obra literaria de Vasili Grossman *Vida y destino*, iniciada en la década de los cincuenta y terminada de escribir en 1960, por lo tanto redactada más de diez años más tarde que la obra de Buber-Neumann, hay algunas páginas antológicas al respecto (2007: 506-511). No está de más hacer notar también que el periodista sevillano Manuel Chaves Nogales adelanta esta identificación totalitaria diez años, pues en un artículo fechado el 27 de mayo de 1937 ya denuncia «el fascismo y el comunismo, los dos regímenes totalitarios que, para conquistar España, no dudaron en destruirla» (*Crónicas de la guerra civil*, Sevilla, Espuela de Plata, 2011, 44), y lo repite en *A sangre y fuego* y en *La defensa de Madrid*, ambas ya de 1938.

13. Prisión moscovita de tránsito hacia los destinos del gulag.

Ambos sistemas, prosigue nuestra autora, han elaborado un modelo de producción industrial moderno, pero paradójicamente basado en un presupuesto propio de la antigüedad, como es la esclavitud, en este caso, de los adversarios políticos:

Los campos de concentración rusos, al igual que los alemanes, fueron instituidos para aislar a los enemigos del Estado, y ambos sistemas coinciden en su desprecio al individuo y en considerar lícita su utilización como esclavos. (Ibídem: 327)

Curiosamente, en la convivencia conflictiva primero, en la alianza estratégica después y, finalmente, en la guerra entre ambos sistemas, desde el supuesto internacionalismo comunista se hacen argumentaciones ideológicas de corte meramente nacionalista, que sirven para ocultar la negativa a admitir la evidencia del maltrato estalinista a multitud de camaradas, tanto soviéticos como del resto de Europa, especialmente alemanes, y que lo hace similar al nazismo:

La mayor parte de las comunistas de las diferentes naciones rechazaban igualmente a sus «camaradas» alemanas y forjaron una explicación política de su concepto nacionalista: el Partido Comunista alemán no puede tener los mismos derechos porque no ha conseguido impedir con una revolución la subida al poder de Hitler ni derribar al nacionalsocialismo. Admitían con exaltación que la culpa era de todo el pueblo alemán, y las comunistas alemanas no osaban defenderse. No hubo ninguna que preguntara: «¿Quién combatió a Hitler en primer lugar? ¿Cuántos miles de políticos alemanes han perdido sus vidas en las cárceles y campos de concentración, mientras camaradas de Stalin consideraron digno un pacto de amistad con Hitler, e incluso le entregaban prisioneros políticos a pesar del supuesto derecho de asilo en la Unión Soviética?». Ninguna hizo notar que los marxistas hablaban ya de pueblos y no de clases. (Ibídem: 398)

Ante la evidencia que no se quiere admitir, se llega a acusar a los comunistas alemanes represaliados por Stalin de quintacolumnistas y espías del nazismo, frente a lo que nuestra autora se rebela comparando a los dos líderes —entre los que no encuentra diferencia reseñable alguna— y los dos sistemas, entre los que sale vencedor el comunismo (que no el estalinismo):

Creo que entre Hitler y Stalin apenas hay diferencia. Sin embargo, el comunismo parte de una idea originalmente positiva, al contrario que el nacionalsocialismo, que tanto en su origen como por sus propósitos y su programa persigue la aniquilación del ser humano. Pero no sé si el error subyace en la propia teoría del comunismo, o fue el régimen estalinista el que traicionó la idea original instaurando el fascismo en la Unión Soviética. [...] Casi me siento culpable. (Ibídem: 437-438)

Cierto es pues que existen, según nuestra autora, algunas diferencias significativas:

- Mientras que el nazismo se concentra en perseguir al otro, al diferente (sea este judío, gitano, homosexual, comunista o ciudadano de un país ocupado), el régimen soviético se ensaña con sus propios ciudadanos, especialmente con los más identificados con él.
- El sistema hitleriano está pensado para el exterminio, mientras que el estalinista pretende la esclavitud, la explotación y el control social.
- El NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) fabrica acusaciones sin preocuparse por buscar pruebas, mientras que la Gestapo trata de reunir las evidencias.
- El *lager* nazi¹⁴ ofrece unas condiciones materiales (alimentación y vivienda) excepcionalmente buenas comparadas con las del gulag.

A pesar de todo, la semejanza radical, el terror, supera con creces estas diferencias de matiz.

• Anna Lárina y Nadiezhda Mandelstam: la memoria

Las dos protagonistas de este apartado están unidas por una voluntad inquebrantable de guardar en la memoria —y así para la posteridad— el recuerdo de la injusticia cometida con sus maridos, dos significados personajes de la historia moderna de Rusia, como son Bujarin y Mandelstam, ambos también unidos a su vez por su peculiar relación mutua y con Stalin. En esta ocasión, por deseo expreso de Anna Lárina y Nadiezhda Mandelstam, el foco de atención de la narración se desvía hacia sus esposos, aunque este hecho no hace sino subrayar el papel de nuestras protagonistas. Y, nuevamente, como en el apartado anterior, la poesía aparece como la música de fondo de una tragedia con tintes épicos y líricos.

Anna Lárina

Anna Lárina nació en 1914, pocos años antes del triunfo revolucionario soviético, entre cuyos dirigentes profesionales —su propio padre era uno de ellos— creció. Siendo niña conoció a Nikolái Bujarin, uno de los líderes bolcheviques más significativos y atrayentes; la diferencia de edad (veintiséis años) no impidió su amor y posterior matrimonio en 1934, fruto del cual nació su hijo Yuri.

Bujarin, conocido como «la joya del partido», «el hijo predilecto de la revolución» en palabras de Lenin, el principal defensor e ideólogo de la Nueva Política Económica, fue, sin embargo, detenido en 1937, acusado de espionaje, de promover el levantamiento de los *kulaks* y de conspirar contra Stalin. En la cárcel fue sometido a la destrucción de su personalidad, torturado hasta llegar a humillarse ante el dictador, reconociendo los cargos falsos contra él, y terminó siendo fusilado en 1938.

Antes de su detención y conocedor del final que se avecinaba, hizo a su mujer dos peticiones. La primera, que aprendiera de memoria su «testamento», una carta «A las jóvenes generaciones rusas», para mantenerlo en el recuerdo y transmitirlo cuando fuera posible; a esta misión dedicó Anna prácticamente toda su vida, y pudo publicarla medio siglo después en la antigua URSS. La segunda —que educara a su hijo como un auténtico bolchevique— no pudo cumplirla nuestra protagonista, pues cuando la detienen es separada de su hijo, que apenas cuenta un año de edad; Yuri vivió en diversos orfanatos y no volvió a ver a su madre hasta dos décadas después. Según su propia confesión, la esperanza de volver a ver a su hijo, junto con el amor a su marido, acompañaron a nuestra protagonista durante los años duros y la mantuvieron con vida en medio de las peores circunstancias.

Durante estos veinte años, Anna Lárina sufrió el destierro, la cárcel y los campos de trabajo. En uno de ellos conoció a su segundo marido, con quien tuvo dos hijos más, Mijail y Nadia.

Anna Lárina fue la autora de un libro de memorias titulado *Lo que no puedo olvidar*, un auténtico texto de clandestinidad. En él cuenta la historia de los más de cincuenta años que transcurren desde que siendo adolescente conoce a Bujarin hasta la rehabilitación que se le otorga a este a finales de los ochenta del siglo pasado. Aunque Anna Lárina quiere hacer a su marido protagonista absoluto del texto, silenciando constantemente los acontecimientos que ella vive en pri-

14. Hay que recordar aquí que nuestra protagonista es internada en Ravensbrück y, por tanto, en un campo de concentración, no propiamente de exterminio, y que, además, tiene condición de prisionera política, comparativamente ventajosa frente a otros grupos (judíos, gitanos...).

mera persona, lo cierto es que ella sobresale como el gran personaje de una lucha tenaz contra el olvido y de una memoria resistente hasta límites insospechados, que de este modo defiende su dignidad personal ante quienes pretenden arrebatarla. Anna Lárina muere en 1996.

■ **Bujarin y Stalin.** En el texto destaca la peculiar relación que unió a Bujarin con Stalin. El primero parece no darse cuenta de la trama asesina que el segundo va tejiendo a su alrededor, o, tal vez, conociéndola, desiste de enfrentarse a ella, y manifiesta cierta indolencia que le hace rehuir los debates, ausentarse en los momentos en los que se le acusa; parece como si quisiera pero no pudiese desprenderse de la atracción que provocaba en él Stalin.

La admiración que Anna Lárina profesa a Bujarin le impide reconocer que el bolchevique que reivindica el humanismo socialista, el dirigente incorruptible que huye de las luchas del poder y vive austeramente, el aficionado al arte y a la naturaleza también fue sectario y cruel, hasta el punto de escribirle a Vishinski —el temible fiscal que posteriormente también le interrogó a él— «No sabe usted cuánto me alegro de que hayan fusilado a esos perros», después de la ejecución de Zinoviev y Kamenev en 1934. Sin embargo, nuestra autora, para destacar la infamia del régimen estalinista, admite que su marido se vio enzarzado en una calumnia mutua con su compañero A. Rikov en el juicio farsa al que son sometidos.

Ciertamente la relación entre Bujarin y Stalin, dos personajes antagónicos en tantos aspectos —refinado uno, tosco el otro—, es extremadamente compleja. Prácticamente aliados contra Trotsky, el primero llega a mostrarse adulator y servil ante el segundo; aprovecha incluso este ascendiente para interceder por compañeros caídos en desgracia, como Ósip Mandelstam, a quien consiguió proteger durante una década. Pero todo ello no impide que también perciba con lucidez crítica, primero, algunas medidas gubernamentales —como la supresión de los mercados— y, posteriormente, el horror que el régimen está provocando: «La política de Stalin nos conduce a una guerra civil. Tendrá que ahogar las revueltas con sangre. [...] será un Estado policial». Finalmente aceptó someterse a la farsa judicial urdida por Stalin para salvar a su familia —su anterior esposa y su hija de trece años, además de Anna y el hijo de ambos— y para hacer de su declaración un contrajuicio al sistema. Mientras tanto, Stalin no oculta su envidia por las destacadas y reconocidas capacidades de su adversario y termina, tras la defenestración previa (ya en 1929), provocando su muerte.

Se puede concluir que Bujarin expresa en su propia vida el trágico destino al que Stalin sometió a la Unión Soviética en la primera mitad del siglo xx: se opuso a la destrucción de los mercados porque llevaba al desastre socioeconómico; consciente de lo desacertado del pacto con la Alemania de Hitler, se atrevió a ofrecer alternativas, contradiciendo al líder; todo esto no podía sino llevarlo a someterse a una farsa judicial que simboliza perfectamente el terror estalinista.

■ **Poesía en medio del terror.** Como otras protagonistas de este ensayo, Anna Lárina es aficionada a la poesía. La lee y aprende con asiduidad y comienza a escribirla en la adolescencia. También a ella le resultará de una gran ayuda en los momentos terribles de la represión política.

Al igual que otras reclusas, compone poemas en la prisión, uno de ellos sobre Bujarin, para transmitirle a su hijo algo de la personalidad del padre que no conoce; a veces obsequia a sus compañeras con versos como gesto de gratitud, recitándoles de memoria larguísima composiciones; en muchos momentos es simplemente un modo de expresar su estado de ánimo. En otras ocasiones, son los poemas prestados de otros creadores —Blok, Ibner— los que le permiten poner palabras a la inexpresable experiencia que está viviendo. También se afana en ejercer de copista de los poemas de Bujarin.

Ella misma no deja de sorprenderse cuando, tras los momentos más tensos —como, por ejemplo, un interrogatorio con Beria—, le invade la inspiración:

Esos instantes de creatividad eran los más agradables de mi desgraciada vida, pues podía abstraerme y no pensar en nada. Tanto la memorización como la composición exigían concentración y eran como una regua a mis sufrimientos. Sin duda era para mí un medio de supervivencia. (Lárina, 2006: 267)

■ **Una memoria tenaz.** Anna Lárina escribe su relato memorialístico a lo largo de varios años, en los breves paréntesis de libertad que escarda entre las preocupaciones y tareas cotidianas, que no consiguieron hacerle olvidar ni un solo día los recuerdos agridulces de sus años de juventud, caracterizados por la soledad y la dedicación a la poesía y a la preservación de la memoria de Bujarin:

Empezaba a acostumbrarme a la existencia en soledad, sin libros, lápiz ni papel, donde solo podía componer poemas y luego recitarlos para memorizarlos, recordar en voz alta los versos de mis poetas preferidos y repetir todas las mañanas sin falta la carta-testamento de Bujarin. En definitiva, revivir el pasado, feliz y doloroso a un tiempo. (Ibídem: 188)

Su tarea está plagada de dificultades: es muy duro dirigir el esfuerzo de la memoria a recordar acontecimientos terribles, que se actualizan cuando vuelven a la conciencia; el olvido provocado por la tensión vivida tampoco es escaso; otras veces, hay silencios voluntarios, autocensuras en la narradora; también hay que combatir las memorias falsificadas de varios adversarios, como es el caso de Nikolayevski o de Lidia Dan; además, no son pocos los problemas de expresar con el lenguaje una experiencia tan inconcebible e inefable. Sin embargo, a pesar de todo ello, y en contra del intento de sus oponentes de eliminar su memoria, nuestra autora sale victoriosa de su particular e intransferible batalla: «porque nadie más, salvo yo, puede dejar ese testimonio, y lo considero mi deber ante la historia y ante Bujarin».

Ella misma no se cansa de contar que, a veces, confiada en que lo peor de la represión había pasado, se atrevía a transcribir en papel la carta de Bujarin, por miedo a poder llegar a olvidarla, pero que el temor a ser sometida nuevamente a algún registro o interrogatorio le hacía volver a destruir el documento escrito, y conservaba, una vez más, su contenido en la memoria, en su auténtico espacio de intimidad inviolable.

Como se ha podido ver, la tarea a la que Anna Lárina dedica toda su vida consta de un doble y consecutivo objetivo. Primero, preservar la carta testamento de Bujarin, hasta que puede ser publicada definitivamente en 1956; posteriormente, lograr la rehabilitación de su marido, a la que se dedica ya a partir de 1956 y que no verá alcanzada hasta 1987. Todavía vivirá unos años más —hasta 1996—, de modo que tendrá ocasión de difundir su lucha victoriosa, triste porque Bujarin no puede disfrutar del triunfo pero feliz por haberlo logrado:

Una distancia de medio siglo me separa de los dramáticos acontecimientos que he descrito en este libro. Termino de escribir estas líneas cuando Nikolái Ivánovich finalmente ha sido rehabilitado póstumamente en el partido. Soy feliz porque he vivido para ver este día. La justicia ha triunfado. [...] ¡Qué lástima que Nikolái Ivánovich no pueda alegrarse conmigo y comprobar, junto con todos nosotros, que su profecía finalmente se ha cumplido y que el «filtro de la historia», como lo expresó en su carta para la posteridad, por fin ha limpiado su nombre! [...] Si se quiere recoger frutos, primero hay que cultivar la tierra. Y me siento feliz de haberme entregado cuanto podía a esta campaña triunfante. (Ibídem: 415-421)

Nadieżhda Mandelstam

Nadieżhda Mandelstam nació en el seno de una familia judía en 1899. Contrajo matrimonio en 1921 con el poeta Ósip Mandelstam. Él fue arrestado en 1934 por su poema satírico sobre Stalin, y

enviado al exilio junto con su esposa. Tras su segundo arresto y posterior muerte en 1938 en un campo de concentración cercano a Vladivostok, Nadiezhda llevó una vida nómada, casi clandestina, burlando su posible arresto y cambiando frecuentemente de lugar de residencia y trabajo.

Nuestra protagonista asumió como misión de su vida preservar y hacer pública la herencia poética de su marido. Memorizó la mayor parte de ella, ya que no confiaba en las versiones impresas.

Como Lárina, Nadiezhda Mandelstam sobrevivió en el ostracismo a la muerte de Ósip, hasta que en 1958, tras la desaparición de Stalin, se le permitió regresar a Moscú, donde inició sus memorias. En estas, publicadas en castellano con el título *Contra toda esperanza* —el término *nadiezhda*, en ruso, significa precisamente «esperanza»—, hace un relato épico de su vida y critica la degradación moral y cultural de la Unión Soviética, a través de la narración de las trágicas experiencias vividas por su marido y por sus compañeros de generación, entre ellos Anna Ajmátova y Marina Tsvietáieva.

Nadiezhda murió en 1980, mientras su libro era criticado de modo parecido a como lo fue la obra de su marido cincuenta años antes. No llegó a ver la ansiada rehabilitación que el Tribunal Supremo de la URSS le otorgó unos años después, en 1987, a Ósip Mandelstam. Y aunque profetizó que era hartamente improbable que algún día alguna calle en el mundo llevara el nombre de su marido, sin embargo en Vladivostok, cerca del campo en el que murió el poeta, se hizo así poco después.

■ **Mandelstam, Stalin y la poesía.** Durante los años que vivieron juntos, Nadiezhda copió los poemas de su marido y los escondió, de modo que su obra sobrevivió a su persona. Entre esa obra literaria está el poema a Stalin que el monstruo georgiano nunca le perdonó:

Sus dedos gordos son sebosos gusanos
y sus seguras palabras, pesadas pesas,
de su mostacho se burlan las cucarachas,
y relucen las cañas de sus botas.

Ósip Mandelstam mantuvo una estrecha relación con Anna Ajmátova. Protagonizaban intensas conversaciones literarias, que les hacían olvidarse incluso de comer. Fue una de las nueve personas que conocían el poema sobre Stalin, pues el propio autor se lo recitó, acompañado de una frase lapidaria: «A partir de ahora los poemas tienen que tener un valor cívico».

Durante su detención en 1934, siendo los versos la prueba fundamental, es obligado a declararlos. Una vez que se queja del miedo y la intimidación que rodean su arresto, su interrogador pretende hacerle ver que de ese modo se verá estimulado a seguir escribiendo, pues la tensión vital lo facilita.

Su mujer, junto con Pasternak y Ajmátova, intenta salvarlo y busca la intercesión de Bujarin, su protector, quien escribe a Stalin, entre otras cosas, que «los poetas tienen la razón, la historia está de su parte». Mandelstam se humilló escribiendo una oda al dictador, fría y falta de expresividad, que a la postre resultó inútil. Una vez más se demostró que la poesía difícilmente puede ser falsa e hipócrita. Stalin tiene claro lo que pretende hacer con el poeta, en un juego que asemeja al del gato con el ratón: «Aislar, pero conservar».

Diez días después de ser arrestado, en una única jornada, pasa de detenido a condenado, con los consiguientes estadios intermedios de acusado y procesado. Sentenciado a destierro en Cherdin, en los Urales, y dado su delicado estado, se le propone que lo acompañe su esposa, como así acontece, para que pueda darle los cuidados necesarios. De este modo sobrevive durante más de tres años.

Sus compañeros de profesión desempeñan un importante papel en todo el proceso de caída en desgracia de nuestro autor. P. Pavlenko lo descalifica diciendo que no es propiamente un

poeta, sino un versificador, un creador frío de obras en rima. «Los escritores superan a todos en su salvajismo y desidia», comenta Nadiezhda al saber del papel de espía y confidente ante las autoridades que juega Pavlenko. Mandelstam es consciente de que sus peores enemigos se encuentran entre los propios colegas, algo que no acaba de entender, como recoge en *La cuarta prosa*: «Los ojos de los escritores rusos me observan con la ternura de un perro e imploran: ¡Pálmala! ¿De dónde sacan esta sumisa maldad, este desprecio rastrero por mi nombre?». El propio Gorki ignoró su detención y posterior condena.

Sus vigilantes demandan su detención tras el destierro y vuelta a Moscú, pues provoca compasión y, además, mantiene constante y sólido contacto con un grupo de poetas, por lo cual se le considera especialmente peligroso para el régimen. Curiosamente, al día siguiente del ajusticiamiento de Bujarin, su antiguo protector, se denuncia al poeta. Tres meses más tarde, en mayo de 1938, tres funcionarios se llevaron de madrugada a Ósip Mandelstam, mientras estaba con su esposa y Anna Ajmátova en una entretenida velada literaria; al ser detenido se llevó siete libros, entre los que estaba un volumen de Dante, que pudo ser su guía por el infierno que lo aguardaba. Nunca se le volvió a ver vivo.

Nadiezhda, en un último intento por salvar a su marido, escribe desesperadamente a Beria, subrayando que no entiende cómo se ha abierto una segunda instrucción contra él sin ser ella considerada cómplice, o al menos testigo, y dando a entender su delicado estado de salud física y mental. Es una carta a todas luces desafiante, que pone al descubierto la ilegalidad del proceso instruido y el castigo aplicado por el NKVD, así como la posibilidad de que inconfesables resortes de carácter personal hayan motivado la causa contra su marido. Unos meses después, al recibir un giro postal devuelto, Nadiezhda supo que Ósip había dejado de existir.

Nadiezhda ha resultado ser, finalmente, más fuerte que la maquinaria de la mentira y el olvido. A pesar de la encarcelación y posterior desaparición de su marido, el poeta Ósip Mandelstam, y a pesar de que sus libros fueron prohibidos y sus archivos destruidos, la viuda mantuvo en su memoria unos versos que de otro modo habrían acabado en el fondo del Leteo, el río del olvido.

• Marina Tsvietáieva y Anna Ajmátova: la palabra

En insuperable contraste, la belleza de la poesía y el horror del estalinismo son el hilo conductor de este trabajo. Esta unión paradójica se expresa de manera suprema en la pareja de protagonistas con las que termina esta galería de víctimas del terror totalitario, dos de las poetisas más grandes del siglo xx.

Marina Tsvietáieva

Marina Tsvietáieva nace en Moscú en 1892. Se interesa por la poesía ya en su adolescencia y estudia en su juventud literatura en París.

En 1912 contrae matrimonio con Sergei Efrón, un militar judío, con el que tiene tres hijos: Ariadna, Irina y Georgi. Con el comienzo de la Revolución vive separada de su marido durante cinco años; en ese tiempo, sin recursos, entrega a su hija Irina a un orfanato, donde esta muere de inanición durante la hambruna del invierno de 1919. Tras una breve estancia de Marina en Berlín, el matrimonio vuelve a reunirse en 1923 en Praga, adonde se ha trasladado Sergei cuando abandona Rusia tras la derrota del Ejército Blanco, del que es oficial. Es, según propia confesión, la época más feliz de su atormentada existencia. Dos años después Marina se instala en París, donde

desarrolla gran parte de su producción poética, memorialista y ensayística. En 1937 sufre un registro y posterior interrogatorio por parte de la policía francesa, al resultar su esposo implicado en el asesinato de un antiguo militar ruso y del hijo de Trotsky, pues él se había convertido en colaborador en el exilio de los servicios secretos soviéticos.

En 1939, siguiendo a su marido, regresa a la Unión Soviética, donde ella y su familia viven en unas penosas condiciones. Mientras Sergei y su hija Ariadna, tras estar bajo vigilancia en Moscú, son detenidos, su hermana es internada en un campo de trabajo. Postergada por las autoridades, Marina sobrevive a duras penas gracias a trabajos ocasionales de traducción y a la ayuda que recibe de Anna Ajmátova y de Boris Pasternak. Sergei será finalmente fusilado y su hija ingresada en un campo de trabajo. En 1941, durante la invasión nazi del país, es evacuada con su hijo adolescente a Elábuga, donde pone fin a su vida, sola y abandonada. Su hijo, que la torturó con su personalidad egoísta e histórica, murió en la Segunda Guerra Mundial, en 1944, a la edad de 19 años.

Su hija Ariadna, rehabilitada definitivamente en 1955, se dedicó a recuperar la memoria y la obra de esta artista excepcional que, junto con su producción lírica, escribió también múltiples textos memorialísticos y biográficos, como diarios y relatos en prosa descriptivos de su vida familiar infantil, con especial protagonismo de sus padres, además de su abundantísima correspondencia.

■ **La poesía como modo de ser.** Marina Tsvietáieva es, ante todo, una poetisa. Ella misma confiesa orgullosa que no conoce a ninguna otra mujer más dotada, con más talento para ello. La poesía es «un modo de ser», y la escritura de versos, la prueba irrefutable de que ella está viva, una necesidad absoluta: «no vivo para escribir versos, escribo versos, para vivir». De hecho, cuando en 1940 se da cuenta de que ya no escribe nada, que todo lo que tenía que expresar ya lo ha plasmado en sus versos, anuncia implícitamente con ello su próxima muerte.

Esta actitud existencial es confirmada y fortalecida por la intensa relación personal e intelectual que Marina Tsvietáieva mantiene con otros poetas. En varias de sus obras describe su enamoramiento de Ósip Mandelstam. También cruza una abundante correspondencia amorosa con Boris Pasternak (a quien dedica varios ciclos de poemas) y con Rainer María Rilke. Además publica un poemario en honor de Alexander Blok, a quien venera, y varios ensayos literarios sobre Pushkin, Mayakovski y el propio Pasternak.

Nuestra autora configura algo así como una peculiar y personalísima teoría del conocimiento, en la que la poesía ocupa un lugar privilegiado, esencial. La escritura sirve, sobre todo, para poder entender la realidad y para que se pueda producir el «milagro» de traducir lo espiritual en algo material. En medio de la guerra, en vísperas de su muerte, escuchando la radio que narra los horrores bélicos, dirá que, ante tanta locura, el sentido común es la poesía.

Durante su azarosa vida, fija su residencia fuera de Rusia en diversos lugares de Europa (París, Berlín, Praga...), pero nunca echa de menos su país, pues podía vivir lejos de él, siempre que la acompañaran sus cuadernos literarios. Cuando está en la Unión Soviética es precisamente la escritura la que la ayuda a sobrellevar la penosa existencia que arrostra. Se puede afirmar que la poesía es propiamente su patria:

Yo misma estoy fuera de la vida, vengo de un tercer reino, no de la tierra, tampoco del cielo, de ese lejano país de donde vienen los versos. (Tsvietáieva, 2009: 290)

Esta actitud vital particular suya hacia la poesía la reconoce también, con otras expresiones, en el resto de los colegas de su país. Escribir es un acto de defensa y reivindicación de la vida en medio de un sistema político que provoca muerte:

[...] no queda sino asombrarse ante la vitalidad heroica de los así llamados escritores soviéticos, que escriben como crece la hierba por entre las baldosas de la prisión, pese y contra todo. (Ibídem: 213-214)

Además, si bien la lírica alimenta y acrecienta los sentimientos peligrosos, desactiva, en la misma medida, las acciones correspondientes; por eso, «un poeta es peligroso solo cuando no escribe».

■ **La víctima concreta más allá de la ideología.** Marina Tsvietáieva es un espíritu rebelde, crítico y con una peculiar actitud aristocrática, a favor de las minorías:

He aquí una teoría a la que uno puede aferrarse, que jamás le fallará: estar de lado de la minoría acosada por la mayoría. Ir en contra, ¡ese es mi lema! (Ibídem: 76)

Si bien la oposición y la crítica sistemática es su auténtico credo político, la experiencia del bolchevismo la ayuda a establecer algunas evidencias irrefutables que la acompañarán toda su vida: lo espiritual es más valioso que lo material; las ideas políticas no deben separar a las personas; la desgracia compartida es el mejor elemento de superación de las diferencias de clase, pues el dolor tiene una enorme capacidad igualadora. Con estos elementos sería posible —cosa que, evidentemente, no hace nuestra autora— elaborar una sugerente teoría victimológica, que fuera más allá de las etiquetas y parcelaciones, muchas veces interesadas, y que partiendo de la universalidad del sufrimiento injusto suscitara honestos ejercicios de reconocimiento.

Podemos afirmar que nos encontramos ante una persona que aborrece la política y sus expresiones más evidentes, y que muestra unos rasgos individualistas y ácratas muy pronunciados: donde otros ven masas, ella solo ve individuos que sufren; se opone al Estado y rechaza cualquier tipo de identificación con ningún grupo, ni siquiera de carácter literario. Como afirma ingeniosa y paradójicamente, «Los míos son aquellos —yo entre ellos— que no son ni de los nuestros ni de los de ustedes».

Esta actitud radicalmente contraria a la política es tal que identifica esta con el «ángulo de la mentira», de tal manera que una creación literaria será verdadera precisamente si desde la perspectiva política se considera fracasada.

Desde este planteamiento ideológico tan peculiar, su postura ante el sentimiento nacional y patriótico es inclasificable. Si bien se siente rusa en el extranjero, también se percibe extranjera cuando está en su país de nacimiento, que vive como ajeno. Propiamente su país es ella misma y la vivencia que de él tiene:

[...] la patria no es una convención territorial, sino la irrevocabilidad de la memoria y de la sangre. Solo quien concibe Rusia fuera de sí mismo puede temer no estar en Rusia, olvidar Rusia. Quien la lleva dentro solo la pierde cuando pierde la vida. (Ibídem: 213)

Consecuentemente con lo dicho, la actividad política, tanto a favor como en contra del régimen estalinista, carece de sentido para ella, que se mueve en otros parámetros radicalmente distintos:

[...] no puedo firmar una carta de salutación al gran Stalin, porque no fui yo quien lo calificó de grande y, aun si fuera grande, esa grandeza no es la mía y, tal vez, lo más importante de todo, detesto cualquier iglesia oficial triunfante. (Ibídem: 479)

Fiel a sus planteamientos, la figura política solo es relevante si tiene capacidad de influir en las dificultades existenciales y particulares del individuo. Ella misma así lo hace, emitiendo en

1940 un telegrama a Stalin cargado de dramatismo, como corresponde a su insoportable situación vital: «Ayúdeme, me encuentro en una situación desesperada». No se sabe que recibiera respuesta alguna.

Marina Tsvietáieva es una mujer excesiva, apasionada. Amó con intensidad y profusión a hombres —algunos célebres artistas, otros anónimos ciudadanos— y mujeres. Sufrió múltiples decepciones sentimentales y no pocas veces prefirió amores platónicos, postergando y evitando encuentros personales que pudieran romper la magia de la relación idealizada. Fue también una auténtica madre rusa, totalmente entregada a su familia, a la que sigue, cuida y alimenta en las peores circunstancias, con una fidelidad y abnegación casi serviles, hasta que la muerte hace su aparición. Vivió, en definitiva, con una intensidad inimaginable los grandes acontecimientos de la Rusia de comienzos del siglo xx: la revolución, la guerra civil, el exilio, la ocupación nazi y el estalinismo y, con él, la miseria, el hambre, el desprecio, el olvido y la muerte.

Anna Ajmátova

Anna Ajmátova nace en Odessa en 1889. Toma su apellido de una bisabuela, ante la negativa de su padre, perteneciente a la nobleza tártara, de mezclar el suyo con una actividad como la poesía. Ella se dedica a la creación literaria desde la preadolescencia. Casada con el poeta Gumilov, se vincula a la corriente acmeísta, de la que su esposo es uno de los promotores. Fruto de este matrimonio es su único hijo, Lev. Posteriormente se casa con Vladimir Shilenko y más tarde con Nikolái Punin, ambos reputados historiadores. Su seductora personalidad —«una reina trágica», dice I. Berlin; «alguien que solo con hablar te transformaba», confiesa J. Brodsky— atrajo a artistas de la talla de Modigliani o Pasternak.

La llegada de la Revolución de Octubre y la posterior instauración del estalinismo supuso para ella un gran sufrimiento, concretado en una inmensa sensación de soledad y de estar dotada de una maldición —«Yo he traído la desgracia a mis seres queridos, que han muerto uno tras otro. ¡Oh, soy una desdichada, con mi palabra he augurado estas tumbas!»— que la hace ser testigo del horror que sufren sus seres más cercanos: Nikolái Gumilov, acusado de conspiración, es fusilado; su hijo Lev es deportado a Siberia, llegando ella a escribir poemas laudatorios a Stalin para evitarle la muerte; Nikolái Punin muere de agotamiento en un campo de concentración; sus muchos amigos poetas tienen que emigrar o sufren la represión.

Ella misma es acusada de traición y deportada, mientras se prohíbe la edición de su obra, que, con contenidos cívicos y religiosos y con formas clásicas, es considerada burguesa y conservadora. Cuando en 1944 recibe permiso para rehacer su vida en la devastada Leningrado junto con su hijo, parece que todo su mal ha acabado. Es parcialmente rehabilitada y, sin embargo, la concesión de una entrevista al entonces prometedor intelectual Isaiah Berlin en 1945 genera como represalia el nuevo encarcelamiento de su hijo durante otros diez años. Su producción es criticada en los círculos artísticos oficiales como indiferente políticamente, mística y erótica, y ella es expulsada de la todopoderosa Unión de Escritores Soviéticos. Si bien antes había permanecido callada, e incluso había destruido su documentación más personal, por miedo a complicar la penosa vida de su hijo, ahora ya se vuelca en su creación poética, en la cual refleja el drama de su existencia y el de sus seres queridos y admirados, que también recoge en algunos textos memorialísticos.

Durante su vida mantuvo una constante e intensa relación con varios poetas rusos: admiradora de Alexander Blok; amiga y confidente de Ósip Mandelstam, escucha de su boca el poema contra Stalin, es testigo de su detención por este motivo y se involucra activamente en los intentos por salvar su vida, además de convertirse en amiga íntima y protectora de su viuda

Nadiezhdá; el conocimiento de las circunstancias de la muerte de Nikolái Kliuyev le hace rememorar a Mandelstam; la digna actitud de Bulgakov ante Stalin la mueve a escribir un poema en su honor; se vio solamente una vez con Marina Tsvietáieva pero llegó a reconocer su valor, tardíamente, le escribió unos poemas enigmáticos y emotivos, y siempre llevaba consigo el fular que le regaló.

Anna Ajmátova fallece en 1966 en un hospital moscovita, y es enterrada en Komarovo. Su obra literaria no es publicada íntegramente en Rusia hasta 1990.

■ **La poesía como memorial de las víctimas.** De toda la producción literaria de Anna Ajmátova interesa en este texto centrarse en aquella que está dirigida a la realidad de las víctimas del estalinismo. A este respecto es inevitable referirse a *Requiem*, una de sus obras más logradas, escrita originalmente entre 1935 y 1940, con significativas incorporaciones en años posteriores.

Requiem puede considerarse un auténtico memorial a las víctimas, un monumento poético al sufrimiento del pueblo soviético bajo el régimen estalinista. Es una composición original —poema extenso o breve poemario, según se mire—, de profundas y explícitas resonancias religiosas, una peculiar misa de difuntos —de ahí su título— no musical sino literaria, un auténtico *via crucis*, no visual sino oral.

El texto que abre la composición, escrito en 1961, aclara las circunstancias en las que se elaboró el poemario. Anna Ajmátova no habla de oídas, a partir de referencias o testimonios indirectos; ella misma es una víctima directa del régimen que hace sufrir a su pueblo y con el que solidariamente une su propio destino, sin protecciones especiales:

No me amparaba ningún cielo extranjero,
no, alas extranjeras no me protegían.
Estaba entonces entre mi pueblo
y con él compartía su desgracia. (Ajmátova y Tsvietáieva, 2006: 39)

El prólogo de 1957, una auténtica declaración de intenciones, es una sencilla anécdota que refleja la complejidad de la pretensión de la autora. El poema ha de ser un ejercicio de poder —moral, existencial y poético al mismo tiempo— contra la dificultad multiforme a la que se enfrenta. Ante la opresión política, ante la injusticia que se padece, ha de hacerse un esfuerzo ético de recordar lo ocurrido, de mantener vivo el horror, de ensalzar el heroísmo cotidiano de las mujeres —«su marido, en la tumba; su hijo, en la cárcel»— que están junto a los represaliados. Ante lo inefable de la experiencia y lo doloroso de lo vivido, es necesario objetivar y expresar con palabras, en una tensión irresoluble, algo que pueda ser transmitido y recibido. Ante la fealdad suprema del mal y la crueldad humanos, hay que ser capaz de poder reflejarlos estéticamente. Anna Ajmátova es consciente de todo ello y, lacónicamente, muestra su disponibilidad, su capacidad para llevar a buen puerto tan difícil compromiso:

Diecisiete meses pasé haciendo cola a las puertas de la cárcel, en Leningrado, en los terribles años del terror de Yezhov. Un día alguien me reconoció. Detrás de mí, una mujer —los labios morados de frío— que nunca había oído mi nombre salió del acorchamiento en que todos estábamos y me preguntó al oído (allí se hablaba solo en susurros):
—¿Y usted puede dar cuenta de esto?
Yo le dije:
—Puedo.
Y entonces algo como una sonrisa asomó a lo que había sido su rostro. (Ibíd.: 41)

La época que se refleja en el poema es un infierno tan difícil de vivir que la felicidad solo es alcanzable tras la muerte —«En aquel tiempo sonreían solo los muertos, deleitándose en su paz»—, y el país entero —«inocente y convulsa, se estremecía Rusia»— padece el terror estalinista.

En este contexto, la poetisa destaca el inmenso dolor que manifiestan sus compañeras de fatigas, tan grande que, como la fe evangélica, es capaz de cambios impensables pero se muestra impotente para liberar a sus familiares de su destino:

Puede una pena sí mover montañas
y detener la corriente de un gran río,
pero no puede quebrar con su fuerza los cerrojos
que nos separan de las celdas y los presos
llenos de angustia mortal. (Ibídem: 42)

La memoria es la gran tarea autoimpuesta, una obsesión que se muestra contradictoria, paradójica, en su propia dinámica. Por un lado, está el compromiso —«no olvidaré»— de recordar lo acontecido y, por otro, la necesidad de eliminar —«hoy tengo mucho que hacer: he de matar la memoria»— de la mente y el corazón el pasado feliz, para soportar los años de deportación y condena. Además, el deseo de mantener vivo el recuerdo de todas las mujeres que compartieron el padecimiento con ella choca con las debilidades propias y con el poder de quienes quieren condenarlas al olvido: «Querría llamar a cada una por su nombre, pero requisaron la lista y no puedo hacerlo». Finalmente, si bien el recuerdo que quiere tener de sus compañeras es eterno —«A ellas siempre tendré presentes, y en todo lugar, no las olvidaré en desgracias futuras»—, no puede menos que reconocer que la muerte, que aparece como la oportunidad de dejar de sufrir, es también el enemigo imbatible, pues detiene definitiva e inexorablemente el compromiso personal de memoria: «porque temo olvidar, en la paz de la muerte».

En cualquier caso, el recuerdo ha de estar indefectiblemente vinculado a la injusticia padecida, y por eso nuestra autora declara una voluntad póstuma: si algún día su ciudad decidiera erigir un monumento en su memoria, no debería elegirse un bello paraje natural o urbano como emplazamiento, sino precisamente el espacio en el que sufrió: «donde permanecí de pie trescientas horas ante rejas que para mí no se abrieron».

Anna Ajmátova fue víctima del régimen, su experiencia vital como madre de un represaliado está presente constantemente en el texto, desde el momento de la detención —«De madrugada vinieron a buscarte. Yo fui detrás de ti como en un duelo»— hasta el de la proclamación de la sentencia —«Cayó la palabra de piedra en mi pecho aún vivo»—, pasando por el humillante e inútil trance de la petición de clemencia al tirano —«me he postrado a los pies del verdugo, hijo mío, terror mío»—, y, sin embargo, no piensa nunca solo en ella, sino en todas las que compartieron su misma suerte: «Si ruego, no es solo por mí: ruego por todas nosotras, hermanas —en la desdicha— mías».

Nuestra protagonista vivió con una intensidad y un sentimiento de culpabilidad especiales los acontecimientos que rodearon su persona y a toda su generación en la primera mitad del siglo xx. Por un lado, sintió remordimientos permanentes toda su vida por el destino de su hijo Lev, intermitentemente encarcelado durante dos décadas posiblemente por ser el descendiente de un matrimonio mal visto por el régimen soviético. Por otro, percibió la enorme responsabilidad de una generación de intelectuales que, según ella, no supo estar a la altura de los desafíos éticos y políticos a los que se enfrentó a comienzos de siglo, por lo cual pagaron todos ellos con sufrimiento indecible a partir de la Primera Guerra Mundial, como expone poéticamente en otra de sus grandes composiciones, *Poema sin héroe*.

• Conclusión

Llegados al final de este breve pero intenso recorrido existencial por el terror estalinista a través del testimonio de seis mujeres víctimas del mismo, no queda sino presentar lo más sintética y ordenadamente posible los resultados del estudio:

1. El estalinismo se nos ha presentado, sin ninguna duda, como un sistema totalitario, tal vez definible como «de izquierdas», pero sustancialmente injusto y basado en el terror y, según estas premisas, perfectamente comparable y homologable con el nazismo.
2. Para enfrentarse al terror estalinista, sus víctimas, las protagonistas de este texto, han utilizado tres armas fundamentales: la conciencia, la memoria y la palabra. La conciencia hace de yelmo protector de una mente que piensa por sí misma frente a la ideología y la propaganda; la memoria, de escudo defensor del recuerdo de una injusticia abocada al olvido; por último, la palabra es un venablo que, aunando belleza y eficacia, arremete contra el discurso del terror y reivindica a las víctimas.
3. Es necesario huir de una visión idealizada de las víctimas del terror, pues, aun estando sometidas a degradantes condiciones, no tienen que ser, ni de hecho son siempre, un modelo moral. Sin embargo, en cualquier circunstancia, conservan el carácter de inocencia, entendida como no merecimiento del daño sufrido, que por tanto es injusto.
4. Las víctimas, a partir del trauma de la victimación, no quedan necesariamente inhabilitadas en absoluto en su conocimiento y análisis de la realidad; al contrario, pueden adquirir una perspectiva peculiar de la misma, una lucidez especial que les permite conocer en profundidad lo que otros desconocemos o somos incapaces de ver.
5. Sin embargo, la condición de víctima no inmuniza ante el peligro evidente de ideologización que todos padecemos y en el que muchos caemos; al contrario, dicha condición puede llegar no solo a mantener sino incluso a reforzar los prejuicios, las concepciones erróneas e interesadas y los autoengaños que ocultan la realidad.
6. Consecuentemente, las propias víctimas pueden llegar a excluir y oponerse a otras, no por su condición de tales, sino por la ideología a la que se someten.
7. Uno de los antídotos fundamentales contra esta perversa ideologización es el acercamiento a la persona concreta, a la víctima individual en su padecimiento injusto, más allá de etiquetas y clasificaciones.
8. Ante el mal cometido o consentido, ante la barbarie moral a la que conduce el terror, la única actitud que devuelve la dignidad de las personas es la autocrítica, el reconocimiento de la propia culpa, la asunción de la responsabilidad consecuente y, en su caso, la sincera petición de perdón.
9. Las víctimas y su testimonio son la vacuna contra toda tentación de amnesia, contra cualquier estrategia ideológica que pretende ocultar o tergiversar lo acontecido.
10. La memoria individual —y también la social—, siendo honesta y cierta, es necesariamente parcial y, por tanto, demanda ser enriquecida y contrastada con otros relatos y memorias particulares, en confrontación mutua, para caminar hacia una aproximación más ajustada a la verdad.
11. En toda situación de terror y de posterior superación del mismo es vital el papel que desempeñan los circunstantes, no directamente victimarios, pero indispensables para que la injusticia se cometa, se consienta, se justifique..., o se impida, se resarza y se supere.
12. La poesía y la literatura en su conjunto se muestran como un cauce relevante de fijación de la memoria, de exposición del relato de la victimación y de reconocimiento social a las víctimas.

Estas son, en apretado resumen, algunas de las lecciones que podemos extraer de dirigir la vista, la mente y el corazón —eso es, en definitiva, «re-cordar», volver a pasar por el corazón— al testimonio de algunas víctimas del terror estalinista y que pueden servirnos de referencia para abordar nuestras propias tareas en la superación definitiva del terrorismo en nuestro contexto.

• Bibliografía

Bibliografía citada

- AJMÁTOVA, Anna, y Marina TSVIETÁIEVA (2006): *El canto y la ceniza. Antología poética*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- APPLEBAUM, Anne (2004): *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos*, Barcelona, Debate.
- ARENDT, Hannah (2006): *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza Editorial.
- BUBER-NEUMANN, Margarete (2006): *Prisionera de Stalin y Hitler*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- FORTI, Simona (2008): *El totalitarismo*, Barcelona, Herder.
- GETTY, J. Arch, y Oleg V. NAUMOV (2001): *La lógica del terror. Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques. 1932-1939*, Barcelona, Crítica.
- GINZBURG, Evgenia (2004): *El vértigo*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- GROSSMAN, Vasili (2007): *Vida y destino*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- LÁRINA, Anna (2006): *Lo que no puedo olvidar*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- LEWIN, Moshe (2006): *El siglo soviético*, Barcelona, Crítica.
- MANDELSTAM, Nadiezhda (1984): *Contra toda esperanza*, Madrid, Alianza Editorial.
- OVERY, Richard (2010): *Dictadores. La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin*, Barcelona, Tusquets.
- SHENTALINSKI, Vitali (2006): *Esclavos de la libertad*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- SNYDER, Timothy (2011): *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- TODOROV, Tzvetan (2002): *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo xx*, Barcelona, Península.
- TSVIETÁIEVA, Marina (2009): *Confesiones. Vivir en el fuego*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.

Otra bibliografía testimonial sobre el estalinismo

- FIGES, Orlando (2009): *Los que susurran*, Barcelona, Edhasa.
- HAUTZIG, Esther (2008): *La estepa infinita*, Barcelona, Salamandra.
- HERLING, Gustaw (2000): *Un mundo aparte*, Madrid, Turpial/Amaranto.
- SHALÁMOV, Varlam (2008): *Relatos de Kolimá*, Barcelona, Minúscula, vol. I.
- (2009): *Relatos de Kolimá. La orilla izquierda*, Barcelona, Minúscula, vol. II.
- (2010): *Relatos de Kolimá. El artista de la pala*, Barcelona, Minúscula, vol. III.

- (2011): *Relatos de Kolimá. La resurrección del alerce*, Barcelona, Minúscula, vol. IV.
- SHENTALINSKI, Vasili (2006): *Denuncia contra Sócrates*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- (2007): *Crímen sin castigo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- SOLZHENITSYN, Aleksandr (2005a): *Archipiélago Gulag. Ensayo de investigación literaria (1918-1956)*, Barcelona, Tusquets, vol. I.
- (2005b): *Archipiélago Gulag. Ensayo de investigación literaria (1918-1956)*, Barcelona, Tusquets, vol. II.
- (2007): *Archipiélago Gulag. Ensayo de investigación literaria (1918-1956)*, Barcelona, Tusquets, vol. III.

Algunas publicaciones de Bakeaz relacionadas con educación para la paz y los derechos humanos

Cuadernos Bakeaz • Educación para la paz

Xabier Etxeberria, *Antirracismo*. Ref.: CB02.

Xabier Etxeberria, *Sobre la tolerancia y lo intolerable*. Ref.: CB04.

Xesús R. Jares, *Los sustratos teóricos de la educación para la paz*. Ref.: CB08.

Juan José Celorio, *La educación para el desarrollo*. Ref.: CB09.

Angela M^a Da Silva Gomes, *Educación antirracista e interculturalidad*. Ref.: CB10.

Pedro Sáez Ortega, *La educación para la paz en el currículo de la reforma*. Ref.: CB11.

Xabier Etxeberria, *Objeción de conciencia e insumisión*. Ref.: CB13.

Xabier Etxeberria, *Ética de la desobediencia civil*. Ref.: CB20.

Luis Alfonso Aranguren Gonzalo, *Educación en la reinvencción de la solidaridad*. Ref.: CB22.

Xabier Etxeberria, *«Lo humano irreductible» de los derechos humanos*. Ref.: CB28.

Xesús R. Jares, *Educación y derechos humanos*. Ref.: CB29.

Xabier Etxeberria, *La educación ante la violencia en el País Vasco*. Ref.: CB31.

Xabier Etxeberria, *La noviolencia en el ámbito educativo*. Ref.: CB37.

Martín Alonso, *Universales del odio: resortes intelectuales del fanatismo y la barbarie*. Ref.: CB40.

Xabier Etxeberria, *Ignacio Ellacuría: testimonio y mensaje/Ignacio Ellacuría: testigantza eta mezua*. Ref.: CB47.

Xesús R. Jares, *Educación para la paz después del 11/09/01*. Ref.: CB49.

Johan Galtung, *Conflicto, guerra y paz, a vista de pájaro. Y cómo los aborda el grueso de los políticos y periodistas*. Ref.: CB54.

Carmen Magallón, *Las mujeres como sujeto colectivo de construcción de paz*. Ref.: CB61.

Martín Alonso, *Relatos exclusivos, políticas excluyentes. El patrón de Oriente Próximo*. Ref.: CB74.

F. Javier Merino, *El espejismo revolucionario: la izquierda radical ante ETA*. Ref.: CB94.

Martín Alonso y María Pardo, *Una ética para el debate. Condiciones, fondo y formas en el uso de la discusión*. Ref.: CB100.



Serie General

Kepa Aulestia, Xabier Etxeberria, Carlos Martínez Gorriarán y Demetrio Velasco, *Razones contra la violencia. Por la convivencia democrática en el País Vasco*, volumen I. Ref.: SG04.

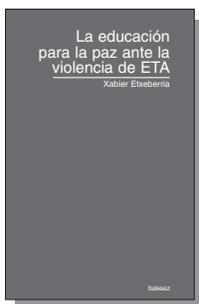
Aurelio Arteta, Demetrio Velasco e Imanol Zubero, *Razones contra la violencia. Por la convivencia democrática en el País Vasco*, volumen II. Ref.: SG05.

Antonio Beristain, Xabier Etxeberria, Tomás Fernández Aúz y José María Mardones, *Razones contra la violencia. Por la convivencia democrática en el País Vasco*, volumen III. Ref.: SG06.

Leah Levin, *Derechos humanos: preguntas y respuestas*. Ref.: SG07.

Xabier Etxeberria, *La educación para la paz ante la violencia de ETA*. Ref.: SG12.

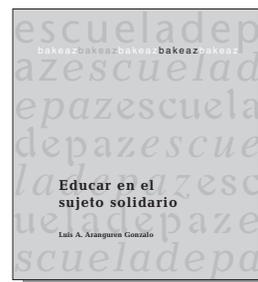
Martín Alonso, *Universales del odio. Creencias, emociones y violencia*. Ref.: SG13.



Xesús R. Jares, *Educación para la paz en tiempos difíciles*. Ref.: SG14.
Galo Bilbao y Xabier Etxebarria, *La presencia de las víctimas del terrorismo en la educación para la paz en el País Vasco*. Ref.: SG15.
Xabier Etxebarria, *Dinámicas de la memoria y víctimas del terrorismo*. Ref.: SG17.
Xabier Etxebarria, *Por una ética de los sentimientos en el ámbito público*. Ref.: SG19.
F. Javier Merino Pacheco, *La izquierda radical ante ETA. ¿El último espejismo revolucionario en Occidente?*
Ref.: SG20.

Escuela de Paz

Xesús R. Jares, *La educación para la convivencia como proceso de alfabetización en conflictos. Propuestas de formación*. Ref.: EP01.
Susana Fernández Sola, *Actitudes y comportamientos hacia la educación para la paz en Euskadi*. Ref.: EP02.
Pedro Sáez Ortega, *El otro en la construcción de una cultura de paz*. Ref.: EP03.
Luis A. Aranguren Gonzalo, *Educación en el sujeto solidario*. Ref.: EP04.
Juan José Celorio, *Educación para la paz y el desarrollo en épocas de globalización*. Ref.: EP05.
Anna Bastida, *Educación para la paz desde la guerra*. Ref.: EP06.
Xabier Etxebarria, *Sobre la tolerancia y la neutralidad del educador ante la violencia terrorista*. Ref.: EP07.
Ricardo Arana, *Respuestas educadoras frente a la intolerancia*. Ref.: EP08.
Jesús Casquete, *Las organizaciones cívicas y la educación para la paz*. Ref.: EP09.
Xabier Etxebarria, *Sobre la tortura: perspectiva ética y propuesta pedagógica*. Ref.: EP10.
Ricardo Arana, Susana Harillo y Jesús Prieto, *Historias que nos marcan. Las víctimas del terrorismo en la educación para la paz*. Ref.: EP11.
Xabier Etxebarria, *La participación social y política de las víctimas del terrorismo*. Ref.: EP12.
Galo Bilbao, *Víctimas del terrorismo y reconciliación en el País Vasco*. Ref.: EP13.
Xabier Etxebarria, *Educación sentimental en la ciudadanía*. Ref.: EP14.
Galo Bilbao Alberdi, *Por una reconciliación asimétrica. De la «geometría» del terror a la de su superación*. Ref.: EP15.
Teo Santos, *El miedo social en el País Vasco*. Ref.: EP16.
Galo Bilbao Alberdi, *Jano en medio del terror. La inquietante figura del victimario-víctima*. Ref.: EP17.
Martín Alonso, *La razón desposeída de la víctima. La violencia en el País Vasco al hilo de Jean Améry*. Ref.: EP18.
Joseba Arregi, *El pesimismo histórico de Walter Benjamin y las víctimas*. Ref.: EP19.
Xabier Etxebarria, *Identidad como memoria narrada y víctimas del terrorismo*. Ref.: EP20.
Xabier Etxebarria, *La educación para la paz vertebrada por las víctimas*. Ref.: EP21.
Galo Bilbao, Cristina de la Cruz y Pedro M. Sasia, *Víctimas: todas iguales, todas diferentes*. Ref.: EP22.
Izaskun Sáez de la Fuente Aldama, *La opinión pública vasca ante la violencia de ETA*. Ref.: EP23.
Xabier Etxebarria, *Virtudes para la paz*. Ref.: EP24.
Galo Bilbao Alberdi, *La hoz y la gavilla. El testimonio de las víctimas del totalitarismo de izquierdas*. Ref.: EP25.



Desde que comienza a tomarse conciencia de la singular importancia de las víctimas del terrorismo entre nosotros y hasta el momento en que disponemos de un incipiente registro de su testimonio personal, ha sido habitual remitirse a otras experiencias del horror para acceder a la vivencia del sufrimiento injusto. En este sentido, el caso del nazismo ha resultado paradigmático. Parece razonable y necesario que esta tarea sea completada con el testimonio de las víctimas del terror de izquierdas, fácilmente identificable con el estalinismo, el otro totalitarismo que ha afectado a Europa en el pasado siglo.

El recorrido por estos testimonios comienza con Evgenia Ginzburg y Margarete Buber-Neumann, que muestran con especial intensidad el valor de la conciencia personal inquebrantable frente al terror. Posteriormente, Anna Lárina y Nadiezhda Mandelstam nos presentan vivencialmente la importancia de una memoria perseverante de las víctimas. Por último, las poetisas Marina Tsvietáieva y Anna Ajmátova expresan la relevancia de la palabra como instrumento de lucha contra la injusticia.

Galo Bilbao Alberdi, licenciado en Filosofía y doctor en Teología, es integrante del Centro de Ética Aplicada de la Universidad de Deusto y miembro colaborador del Instituto Diocesano de Teología y Pastoral de Bilbao. En torno a la violencia terrorista cabe citar sus últimas publicaciones: *Por una reconciliación asimétrica. De la «geometría» del terror a la de su superación* (Bilbao, Bakeaz, 2008), *Jano en medio del terror. La inquietante figura del victimario-víctima* (Bilbao, Bakeaz, 2009), *Sacrificadas a los ídolos. Las víctimas del terrorismo en el discurso de los Obispos vasconavarros (1968-2006)* (Bilbao, IDTP/DDB, 2009), *Joseph Roth: el exilio destructivo* (Bilbao, IDTP/DDB, 2010) y «Terror y reconciliación políticos: la pugna por la redención», *Anthropos*, 228 (2010).